

TENERIFE PARAISO DEL ATLANTICO

POR EDUARDO GARAVITO

Ala luz vibrante de sus alegres mañanas, la isla de Tenerife se ofrece, mirada desde el mar, como una verídica confirmación de las islas afortunadas. Y destacando sobre los promontorios y valles de la costa, el pico de Teide, de cumbre nevada, semeja un estilizado volcán japonés.

¡Tenerife! Montes verde-oscuros, abruptos, que dan al paisaje un tono fuerte y bravo. Al pie, entre campiñas y jardines, la ciudad de Santa Cruz, de una blancura deslumbradora, aparece en la claridad matinal dejando en los ojos una grata impresión de frescura, como si acabara de salir lavada de las ondas del mar. En las fachadas de sus edificios alborea una gama de matices delicados: el rosa suave, el verde limón, el azul pálido, el amarillo marfil...

He aquí la otra España, la España oceánica, la de los paisajes de ensueño, la de los valles verdes y floridos, como el famoso de La Orotava, donde Humboldt, rendido de admiración, cayó de rodillas. Aquí, en las campiñas y jardines de esta isla maravillosa, crecen juntos los pinos norteños y las palmeras tropicales, lo mismo que las plantas de todos los climas y los frutos de todos los países, acariciados por un aire siempre tibio, bajo un cielo sereno. Fiesta de color. Panorama romántico, el de estas ciudades y aldeas tinerfeñas.

Santa Cruz es dulce, quieta, subyugadora, y, sobre todo, femenina. Contemplada desde las montañas de Las Mesas (montaña del Quisísana) parece recostarse en un desprecio voluptuoso, entre el mar que bate sus costas y la montaña que vela su sueño, escudriñando avizora en el horizonte. El ligero murmullo de sus calles llega hasta arriba muy suavemente. La montaña lo recoge y lo convierte en agreste rumor que se pierde luego entre el verde de sus matorrales. Y entre la belleza del paisaje que se muestra a nuestros ojos y la superioridad de la montaña que todo lo ve, no sabemos si es ésta la que quiere bajar al llano para convertirse en ciudad, o si es la ciudad que, enamorada de la montaña, quiere trepar por sus flancos hasta confundirse con ella.

La mirada, en vuelo caprichoso, salta desde esta altura de uno a otro extremo queriendo abarcarlo todo. Abajo, frente al mar, alzan las moles enormes de sus cuerpos el Palacio Insular y la Delegación de Hacienda, junto a los cuales se destaca la cruz del Monumento a los Caídos. A la derecha, la vasta instalación, erizada de chimeneas, de la refinería de petróleos. Un poco más cerca, en igual dirección, el sobrio edificio del convento de la Asunción. Mucho más lejos y hacia el sur, el cuartel de San Carlos; hospital civil, que en la distancia semeja una de esas casitas de juguete, de tejado encarnado, hechas de cartulina; puente de Galcerán; mercado y puente nuevos; los macizos verde-oscuros de las plazas de Weyler y Príncipe. Torres de la Concepción y San Francisco, la magnífica vista de las ramblas dobladas de árboles y flores y, por fondo, el vasto Atlántico, rizado y espumoso, azul y romántico, mostrando a lo largo de todo el litoral una sonrisa blanca.

Como maravilla entre las maravillas, ha de clasificarse el clima de esta hermosa isla, donde la temperatura media anual, en la capital, no excedió jamás de los 22 grados ni descendió hasta 20. Las temperaturas medias mensuales obedecen a una graduación uniforme, oscilando entre 17,1 grados, en febrero, y 26,5 en agosto, lo cual hace que Santa Cruz de Tenerife posea un clima sin igual, en benignidad, en el mundo entero.

Adentrándonos en sus rutas, en sus paisajes, en sus bellas ciudades del interior, nos encontramos primeramente con La Laguna, bella ciudad de Los Adelantados. Es el tipo de la vieja ciudad, con su silencio evocador, su soledad profunda y sugestiva, que guarda con orgullo el prestigio de sus recuerdos nobiliarios. La Laguna es mística y monacal, canaria y castellana. Un poeta tinerfeño la llamó, no sin acierto, la «Salamanca mía». También tiene mucho de gallega. Es un Santiago de Compostela, sin arcadas ni catedral románica. Sus palacios, sus calles tristonas, su vega exuberante, su cielo gris, sus magníficos paseos le dan porte de clásica ciudad española, llena de leyenda y tradición.

En una revuelta del camino muestra el Teide su nítida testa por encima de los pinares de La Esperanza, en cuyo bosque, y en lugar conocido por Las Raíces, entró la Historia cuando el Generalísimo de España se entrevistó en cordial reunión con toda la guarnición tinerfeña.

Entramos en La Orotava, gigantesco anfiteatro anclado en el puerto de la Cruz, jardín de hechizo donde parecen haberse dado cita todas las flores, y donde la vida es perfumada y luminosa. Todo es aquí quieto y reposado, con belleza tranquila. Deteneos a contemplar la majestuosidad serena de su famoso valle, todo platanales, y la maravilla de su Jardín Botánico, de universal nombradía. Aquí el pino del norte no está nostálgico por la ausencia de la gallarda palmera del sur; la siente vivir y palpitar a su lado, alarga su ramaje oscuro para besarla en un impulso de amor. Los dos colosos se tienden los brazos y se cuentan sus secretos. Suprimida la distancia, celebran sus bodas, y el famoso «Lieder de Haydn» pierde su reali-



dad poética. Continúa luego subiendo hacia Las Cañadas y veréis cómo el suelo negro va palideciendo, adquiriendo tonos morenos que varían desde el sepia al siena quemado y al moreno castaño, y las nubes haciéndose menos espesas. Al emerger de ellas veréis cómo el sol inunda de claridad el antiguo cráter de Guajara. Miles de colores juegan en los flancos de las montañas rutilantes. Todo esto es Tenerife.

Arriba.—Una impresionante vista del Teide, el famoso volcán. A la izquierda.—Uno de los paseos de Santa Cruz de Tenerife, la bella ciudad insular de blancura deslumbradora, que se recuesta entre campiñas y jardines a la orilla del mar. A la derecha.—Un panorama de ensueño. Costa atlántica de Tenerife, con un primer término de vegetación exuberante.